

PANICO EN LA V REPUBLICA

EL «AFFAIRE ARANDA»

Gabriel Aranda ha inaugurado en París una nueva forma de terrorismo: el de salón, el de gabinete. Antiguo alto funcionario de confianza del que fue ministro de Construcciones, Chalandon, Aranda fue archivando para sí mismo fotocopias de documentos privados —136— que son pruebas o indicios de escándalos, grandes y pequeños, en los que quedan comprometidas cuarenta y ocho personalidades públicas, gubernamentales o del partido mayoritario, el UDR. Incluso el mismo partido como tal. Ha comenzado a publicarlos, a partir de los más suaves, y amenaza con darlos a conocer todos si no se cumple la condición que fija para su «chantaje»: que el Gobierno embargue los aviones «Mirage» de guerra que debe vender a Libia, en vista de que Libia, mediante su confederación con Egipto, se ha convertido en país beligerante contra Israel. Aranda no es judío. Es, dice, «justiciero», y gusta del nombre de «Arcángel» que alude a su nombre y a la que él anuncia como su misión. Es muy probable que Gabriel Aranda haya actuado por algún móvil más beneficioso para él mismo que lo que él considera como pura justicia.

La Justicia —con mayúscula— persigue a Aranda. Se ha interrogado a su hermano, se ha registrado su domicilio y el se oculta en alguna clandestinidad. No tanta como para que no haya podido ser entrevistado por un periódico, «L'Aurore» —extrema derecha—. Un abogado famoso, René Floriot, se ha encargado de su defensa, si se le lleva ante los Tribunales. Se declara optimista: según la ley, Aranda sólo podría ser condenado si hubiese robado los documentos originales. El «affaire», si continúa adelante y si la calidad de los documentos que va haciendo públicos Aranda en la prensa de Pa-

ris —principalmente en el moderado «Le Figaro»— es la que realmente anuncia. Hay pavor en la V República.

El asunto beneficia ampliamente a la oposición. Uno de los puntos débiles del partido gubernamental es la antigua y sostenida acusación de corrupción, que ha estallado en algunos escándalos recientes, como el de la «publicidad encubierta» en la radio y la televisión —que ha obligado a un cambio considerable de personal directivo—, las especulaciones con los terrenos y la ocultación en los impuestos, tema este último que se dirigió principalmente contra el primer ministro, Jacques Chaban-Delmas, y que se dice que fue una de las razones principales para que Pompidou le sustituyera por Messmer, hombre que tiene fama de austero y honesto. Se sabe que las elecciones no deben celebrarse hasta la primavera próxima, salvo que el Presidente Pompidou decidiera disolver antes la Asamblea y convocarlas con anticipación sobre su fecha oficial, pero en realidad Francia está ya en un período pre-electoral.

La defensa del Gobierno y el partido mayoritario ante este terrorismo de gabinete es muy débil. Incluso hace pensar que las intenciones de Aranda van más allá de lo que declara, porque naturalmente se debe excluir que el Gobierno francés acceda al embargo del material de guerra para Libia: hacerlo así, cuando el «chantaje» es público, sería reconocer su miedo ante la publicación de los documentos. La legalidad impide que el Gobierno silencio a los periódicos, y éstos no tienen ningún motivo válido para no dar a la publicidad los «papeles Aranda».

Los escándalos revelados hasta ahora, y considerados por el chantajista como de menor envergadu-

ra, son varios. Chirac, ministro actual de Agricultura, se compró un castillo con fondos dudosos; el albergo de montaña de Val d'Isère que se hundió —39 muertos— como consecuencia de un alud era especialmente frágil e indefenso porque el Ministerio de Construcciones autorizó, por negociación ilícita, la construcción en terrenos peligrosos y sin las medidas de seguridad necesarias; Tomassini, secretario general del partido mayoritario, que acaba de ser sustituido por Peyrefitte, recomendó al Ministerio de Construcciones una determinada empresa para que se encargara de la construcción de una autopista; unas negociaciones inmobiliarias de dudoso origen permitieron que el partido UDR —gu-

bernamental— ingresara en sus cajas 6.000 millones de pesetas por lo que se considera venta de favores o influencias...

La personalidad de Gabriel Aranda es, naturalmente, confusa. Si está en disposición de los documentos que dice, y son tan graves —las primeras muestras son, en efecto, inquietantes—, no se entiende bien que haya subordinado su labor de depurador a un asunto internacional, como el de los aviones vendidos a Libia; ni se entiende bien por qué este francés hubiera acallado una cuestión tan grave que afecta a su país si los presuntos culpables hubiesen embargado los aviones de combate. ■ J. A.

MUNDO ARABE

LA BATALLA DE LOS TRES REYES

Hussein de Jordania, Hassan de Marruecos y el Sha de Persia: tres personajes con un destino extrañamente paralelo.

¿Quién se acuerda de la Batalla de los Tres Reyes, en la que dos sultanes enemigos perecieron junto con el joven Rey Sebastián de Portugal? Acaeció el 4 de agosto de 1578, al Noroeste de Marruecos, no lejos de Alcazarquivir.

Hoy, tres soberanos viven bajo la amenaza de una muerte violenta y llevan nombres muy amados para todo musulmán: Mohamed, el del profeta, corresponde al Sha; Hassan y Hussein, los de sus dos nietos mártires, designan ahora, respectivamente, a los Reyes de Marruecos y Jordania. Faltan a la cita, para completar «los cinco» de los Ahl al-Bayt, Fátima —que murió de tristeza por la muerte de su padre— y su esposo Ali, cuyo recuerdo a tantos místicos musulmanes ha inspirado.

Al no poseer las claves de este misterioso mundo, de su historia, de sus lenguas, el extranjero no puede adivinar los paralelismos que se imponen, ni las razones que hacen temblar, día y noche, a tres hombres sin duda valerosos. Si uno de ellos es hijo de un mercenario persa, los otros dos reivindicán para sí la descendencia directa del profeta del Islam. Es como una batalla de los tres Reyes que se prolongara ante nuestros ojos, dejándonos el prenuncio ineluctable de su trágico final. En ninguno de los casos falla el trazo —un general—, ni falta en parte alguna, primero con sordina, luego cada vez más fuerte, la voz del pueblo expoliado, humillado, conducido al suplicio, la voz de una mayoría que, lejos de ser silenciosa, grita por la justicia, contra esa locura del exterminio que clama al cielo.

UN PRIMO DE SORAYA

Lunes, 7 de septiembre de 1970. En la ciudad de Amman, capital de Jordania, en pleno día, mi taxi, con-

ducido por un cristiano, es detenido por una barrera de las Fuerzas especiales del Rey Hussein, abiertamente encuadradas por americanos. Uno de los «boinas negras» me encadena con su metralleta y señala con el dedo la insignia del Fath que llevo prendida sobre la camisa: «¿Shu?» («¿Y eso?»), me pregunta. Le respondo que soy un invitado del congreso de estudiantes palestinos y que voy de regreso a la Embajada francesa. «¡Ruhl!» («¡Vete!»). Paso la tarde en ese campo palestino de Wahdat que, diez días más tarde, sería comparado a Hiroshima por el corresponsal de «Newsweek». El «gallardo pequeño Rey» reincide en 1971 y diezma a los palestinos, que constituyen los dos tercios de la población de su reino. Pilota personalmente su avión y acude a felicitar al Rey Hassan de Marruecos, después de lo de Skhirat, en julio de 1971.

Hoy me propongo dar testimonio de lo que sé acerca del de Teherán y el de Rabat, de destino extrañamente paralelo, hasta el punto de tener el uno su Bajtjar, el otro su Ufkir, el uno su Mussadeq, el otro su Ben Barka, y ambos a dos, particulares relaciones con sus respectivos padres.

Primo de la célebre Soraya, el general Bajtjar pertenecía —como Ufkir a los bereberes de Tauz— a una minoría iraní, de la que tomó su nombre. Cuando Mussadeq, el honesto y valiente patriota, cae bajo las balas de la CIA, Bajtjar («El tigre perfumado») se convierte, 1953, en gobernador militar de Teherán. Más tarde, hasta 1961, será el fundador de la terrible Savak, Policía militar iraní. Es íntimo del Sha, dispone de ilimitados fondos, así como de los mejores consejeros americanos y (¡también!) israelitas. Amasa una inmensa fortuna y la pone a buen recaudo en Suiza. En 1961, Kennedy sugiere al Irán que limite la corrupción de los altos funcionarios. Bajtjar es depuesto. En 1962 intenta —y fracasa— abatir al primer ministro «liberal», Amini, con la ayuda de la famosa

